Guía de estudio segundo medio

Actividades:

Lectura de la guía

Subrayar las ideas centrales

Hacer un ordenador gráfico (mapa conceptual u otro tipo)

La ética de Jesús

Cuando utilizamos espontáneamente el término “ética” pensamos en el buen comportamiento. De forma un poco más precisa podríamos decir que la ética es una parte de la filosofía que estudia qué es lo moral, o sea, las reglas o normas por las que se rige la conducta de un ser humano; la ética también busca justificar un sistema moral y aplicarlo a los distintos ámbitos de la vida personal y social. Desde esta perspectiva cabe decir que puede haber distintas éticas, en función de los valores en las que pretenden sustentarse, de las conductas que quieren promover y de las razones que tienen para justificar estas conductas. No todas las éticas sin iguales. ¿Es posible pensar en una ética universal o civil, que vendría a ser una ética de mínimos, aceptados por todos? En teoría sí, en la práctica es más complicado por la dificultad que implica obtener consensos universales.

Las religiones, por su parte, promueven una ética, inspirada en sus principios y creencias. En este sentido cabe decir que Jesús de Nazaret promovió una determinada ética. Pues sus palabras y obras orientan hacia un determinado proyecto de vida, válido para toda persona, que pretende estar en consonancia con la voluntad de Dios. Una voluntad que busca la salvación y la felicidad de todos y cada uno de los seres humanos. El valor fundamental que inspira toda la vida de Jesús y que él pretende inculcar a sus seguidores es el del amor. Un amor universal, sin fronteras ni discriminaciones, que alcanza incluso al enemigo. Un amor que busca superar las diferencias entre los seres humanos, pero que también es una instancia crítica para todas aquellas barreras que atentan contra la dignidad humana y contra su bienestar. Porque este amor es universal, tiene un cuidado especial por aquellos más abandonados y necesitados, por los más pobres y marginados. Y cuestiona toda actuación y todo sistema que produce pobres y sólo busca el bienestar de unos pocos a costa de la explotación de muchos.

Con todo, lo más característico de la ética de Jesús es la gratuidad. Pues va más allá de lo que razonablemente se puede esperar. Desborda la justicia (dar a cada uno lo suyo) para entrar en el terreno del perdón y de la misericordia. ¿El motivo? Dios es así: ama a sus enemigos, da al que no lo merece, devuelve bien por mal. El cristiano está llamado a imitar a Dios. Así superamos toda ética de mínimos y pasamos a una ética de máximos: “si vuestra justicia no sobrepasa la de los letrados y fariseos…”

Un texto evangelico clave para comprender esta nueva ética que propone Jesús, es el del Sermón de la Montaña (**cfr** **Mateo 5, 1-12)**. Allí él cuestiona y replantea la simetría de la ley y quiebra el mimetismo que consiste en depender de algo exterior: del premio o el castigo que nos ofrecen. Amar a los demás, exige asumir las riendas de la vida, no desde una postura caprichosa o egoísta, sino en gesto de creatividad, actuando desde el amor y la gratuidad precisamente hacia aquellos que no pueden reportarnos beneficio. *“Caridad es voluntad eficaz de promoción del otro”* (**Alfredo Ferro. La fe contra el sistema. P.21)**

El Sermón de la montaña dispone toda la propuesta ética de Jesús. Desde las bienaventuranzas, Jesús muestra cómo el amor debe ser la raíz de nuestro estilo de vida, de nuestra forma de actuar. Todo lo que hacíais hasta entonces, parece decir, estaba bien, era correcto. Pero estaba vacío. Ahora Jesús nos enseña cómo reelaborar la vida hacia una sociedad en la que reine el amor. “*El desarrollo integral del hombre no puede darse sin el desarrollo solidario de la humanidad*” (**PABLO VI, POPULORUM PROGRESSION, II, 43**)

Las Bienaventuranzas se disponen como un itinerario necesario del comportamiento humano que debe, necesariamente, dirigirse hacia el otro. Ya no se participa del mundo como ser individual, sino que Jesús solicita readaptar aquella mayordomía que Dios nos dio para el mundo, ahora, hacia la misma responsabilidad pero con el prójimo. Dios, que puso en el hombre la confianza de dominio sobre la tierra, propone en Jesús una responsabilidad aún mayor, que es sobre la propia vida humana (pero no la nuestra, sino la de los demás). Las llaves del mundo entregadas en el Génesis, se refunden en una actitud de amor responsable. Y no sólo con aquellos que amamos, sino incluso con quienes son nuestros enemigos, a quienes solícitamente Jesús nos invita a amar.

“Seguir a Jesús es pro-seguir su obra, per-seguir su causa y con-seguir su plenitud” (**L. Boff: el seguimiento de Cristo, en Jesucristo y la liberación del hombre, Cristiandad, Madrid 1981, 35**). Seguir a Cristo lleva expreso el imperativo ético de comprometerse con esta misma causa, la causa de los pobres, de los enfermos, de los desahuciados… Para que el mundo pueda experimentar un proceso de liberación, entendida como un amor que ha de sacrificarse; como una esperanza que debe pasar por esperanzas políticas, como una fe que tiene que avanzar tanteando (**Cfr Von Balthassar, ensayos teológicos II, SponsaVerbi, Madrid 1964; Eugenio Alburquerque, Moral cristiana y pastoral juvenil, Editorial CSS, Madrid 1990, 61-76**)

Las 9 locuras de Cristo, muestran a grupos de personas felices en primer un momento, y luego, la causa de dicha felicidad. Una felicidad que nada tiene que ver con la que entendemos nosotros en el mundo. Jesús nos habla de una herencia de Dios cercana a nosotros desde otra felicidad que nos propone. Y bajo el abrigo del amor, que arropa todas esas actitudes. A Dios, ahora, se le hereda por amor. Desde estas bases, ahora Jesús nos muestra por qué el mundo es valioso.  El amor es el criterio definitivo para comprender la realidad: entender que Dios es amor, impregna todo de amor. Sólo quien sabe que hay Dios y que Dios es gracia (que ama gratuitamente a todos) puede amar también por encima de la ley, abriéndose incluso a la alternativa de crear caminos de encuentro y amor con el enemigo.

Jesús, en su discurso profético, recuerda que el mundo actual es valioso porque está lleno de la gracia de Dios. Él propone que la vida humana es un don de amor. Sólo sobre un mundo entendido como  “don” puede hablarse de Dios como Padre, superando de raíz el exclusivismo judío y haciendo que todos se descubran y sientan como hermanos. Dios, que ofrece su amor a buenos y a malos, a justos e injustos, está por encima de toda absolutización o sacralización de ley alguna. A modo de ejemplo, recordemos como los publicanos defendían su grupo, y encontraban en la exclusividad de sus relaciones la recompensa que buscaban; es evidente que el vínculo existente entre ellos pretendía ante todo salvaguardar sus negocios e intereses económicos. Los publicanos se ayudaban en beneficio de su economía, los paganos se saludaban para que triunfasen sus estrategias, y de manera generalizada la sociedad judía se auto proclamaba el pueblo escogido de Dios para salvaguardar su proyecto nacional y religioso. Jesús cuestiona con sus palabras y sus hechos todo fundamentalismo e intransigencia en la interpretación de la ley y de los profetas y propone que el amor de Dios alcanza también a aquellos que intentan vivir en el amor al prójimo, independientemente de su nacionalidad o credo.

Jesús ha ofrecido el ideal del amor como gratuidad, siguiendo el gesto de Dios Padre que generosamente ama. Cuando se ha superado el egoísmo y la seguridad de un amor puramente interesado, puede hablarse de una gratuidad en el actuar humano.Esta es la paga más alta, que no se busca, que no se exige, pero que emerge luminosa porque hay Dios y Dios nos ama.

Judíos legalistas (o cristianos legalistas), publicanos y gentiles ya han tenido su paga, pues por ella han trabajado. Por el contrario, los que aman desde la gratuidad, los que dan sin exigir nada a cambio, pueden confiar en la misericordia de Dios para con ellos. La comunidad de los discípulos de Jesús somos interpelados por el maestro a mantener una actitud constante de diálogo con el mundo, con los grupos humanos, con la historia concreta de las personas, no desde un legalismo que aplasta y enajena, sino desde la nueva ética que enmarca todo el decir y el hacer de Jesús: desde la compasión, desde el perdón, desde la fraternidad, en definitiva desde un amor vivido y expresado hasta las últimas consecuencias.

La relación de Dios con el ser humano es esencialmente una relación de amor, que alcanza su expresión máxima en el misterio de la encarnación: la Palabra de Dios se hace carne y viene a habitar entre nosotros (**cfr Juan 1.14**). Si esto es así, el centro del cristianismo es la Buena Nueva de un Dios que se ha comprometido con el hombre hasta el extremo. Lo más entrañable del Evangelio reside en la primacía absoluta reconocida a la Gracia, es decir, al amor inmerecido e inmerecible de Dios a toda la humanidad, de tal modo que siempre aparezca como más importante y decisivo lo que Dios ha hecho por nosotros que lo que nosotros podamos llegar a hacer por él.

El Dios que se revela en Jesucristo, no es un Dios lejano o desconocido, sino cercano al ser humano en la medida que lo finaliza desde dentro; tampoco es un Dios ajeno a la actividad humana sino que la asume y la lleva a plenitud, de modo que lo auténticamente humano se convierte en signo de lo plenamente cristiano.  En todo lo humano hay rastros de lo divino, o como expresa **Pascal** *"el hombre supera infinitamente al hombre"(***Cfr Pascal, Pensamientos, 433***).* Esta perspectiva antropológica potencia una moral centrada en la persona más que en el objeto, pues mira al ser humano como el puente privilegiado en el que Dios se revela.